

PJK 12: Fuerte y libre entre cadenas

Entre el fin de la I G Mundial y la II G Mundial, el Movimiento se consolidó, se fundaron las Hermanas de María, llegan muchos sacerdotes, mujeres, jóvenes a este Movimiento de Apóstoles que se entregaban para cambiar el mundo.

A comienzos de la década de 1930, lo más grave en Alemania no era la crisis económica, sino las consecuencias que traerá. La angustia y la situación de miseria en que vivían los obreros, les apremiaban a aferrarse a cualquier esperanza, a cualquier liberador, a alguien que prometiera cambiar las cosas. Y cuando surge Hitler, depositan en él todas sus esperanzas y creen que él va a traer aquella Alemania nueva que todos anhelan y que Hitler mismo les promete. Incluso en los círculos católicos se despierta esa gran esperanza. Creen que en ese anhelo de patria nueva, del que habla Hitler, que en ese anhelo de rescatar la dignidad del pueblo alemán, hay algo positivo.

La juventud se entusiasma, inventa cantos, banderas, se hacen campamentos de juventud, viene todo un proceso de efervescencia social. Y muchos católicos creen que allí hay valores grandes que ellos han de captar y bautizar.

El P. Kantenich, que desde un comienzo había recibido de Dios la misión de educar al hombre nuevo en una nueva comunidad, según el espíritu de María, a ese hombre y a esa comunidad que van a vencer al hombre colectivista, al hombre masa, al hombre sin vínculos, “huele” un alma de hombres masa detrás del nacionalsocialismo. Se da cuenta que el nazismo no va por buen camino, que allí hay algo desviado que no puede conducir a nada bueno: descubre una raíz de soberbia, un naturalismo que fatalmente conducirán al desastre. Y mientras el noventa por ciento de los jefes de la Iglesia alemana son engañados por las falsas palabras de Hitler, él es una de las pocas personas que levanta su voz en contra.

Hace poco se publicaron en Alemania dos tomos de documentos de esa época. Según ellos son escasísimas las personas que captaron lo que se le venía encima a Alemania. Y un detalle curioso: los más alertas fueron personas simples, algunos líderes obreros y campesinos quienes, por intuición o buen “olfato”, se dieron cuenta que la cosa iba mal. La mayoría de la gente de ciudad, de los dirigentes de la juventud, de los sacerdotes, cayeron en la trampa.

¿Cómo venció la Familia al nacionalsocialismo? No porque se sintiera una organización estupenda, poseedora de métodos humanos extraordinarios para luchar de igual a igual con el nacionalsocialismo y combatir sus ideas. ¡No! Ella venció al nacionalsocialismo porque se sintió una Familia profundamente cobijada en el corazón de Dios. El P. Kantenich muestra en sus retiros a un Dios Padre que ama con predilección a los pequeños y a los débiles; a un Dios que quiere glorificarse especialmente en los pequeños y que los escoge para realizar, a través de ellos, sus obras más grandes, justamente porque son pequeños.

En esos años -en 1934- se traen a Schoenstatt los Congregantes Héroe, a las Cruces Negras, que habían caído durante la guerra mundial. El los presenta como los “héroe schoenstattianos” y opone así un ideal de héroe bien definido a aquel que tenían los nazis.

También los nazis comienzan a construir lugares donde se reúne la juventud, a semejanza de una antiquísima tradición de los pueblos germanos, que tenían dichos lugares especiales -llamados “Thingstätte”- donde se reunían los jóvenes. Ahora, grupos de jóvenes nacionalsocialistas, que querían revivir y exaltar el espíritu de su raza, comienzan a hacer lo mismos. Pues bien, también la Familia de Schoenstatt comienza a construir las primeras ermitas de la Mater, como lugares donde igualmente se reúne la juventud. La Gestapo descubre pronto esta táctica, como consta en los documentos de sus archivos.

El P. Kantenich va captando así todas las fuerzas que surgen en el campo contrario para ir fortaleciendo a la Familia. A medida que el panorama se va poniendo más y más oscuro, se da cuenta que cada vez debe insistir más en la Virgen. En esta línea nace una corriente de coronación. El está convencido de que el que no se afirma en la Virgen y no ha inscrito su corazón en el corazón de Ella,

por más ideas bonitas que tenga, por más intuiciones proféticas que revele, tarde o temprano, será arrastrado por la corriente opuesta.

El horizonte de Alemania se va cubriendo de nubes, y el P. Kentenich va exigiendo cada vez más a la Familia. En el año 1939, el Seminario de los Palotinos en Schoenstatt fue ocupado por los nazis. El 30 de Abril de 1939, la imagen de la Mater en su frontis fue tapada con una bandera nazi. El mismo Padre fundador llevó el Santísimo desde el Seminario, que estaba en una colina, al Santuario. Prevé la proximidad de la guerra y por eso empieza a orientar a la Familia hacia el único refugio antiaéreo seguro: el corazón de la Mater. Comienza a hablar de la entrega a nivel de poder en blanco, afirmando que sólo el hombre que se ha entregado sin condiciones a Dios va a resistir lo que vendrá.

Más tarde, la noche del 31 de Mayo de 1939, se realiza el “acto de la Capillita”, en que un grupo de Hermanas rodea el Santuario, formando una cadena y ofrecen sus vidas para que no le suceda nada a la Obra durante los tiempos que se avecinan. Mientras tanto, los nazis han convertido el Seminario en una escuela nazista y las marchas nazis resuenan desde la colina en el valle de Schoenstatt. Es justamente en ese entonces cuando aparece el “Himno de la Familia” y los schoenstattianos cantan desde abajo: “Los tuyos no se hundirán”.

En el año 1939, encarcelaron al primer sacerdote schoenstattiano. No bien lo supo, se dio cuenta que también podía ocurrirle eso a él, e inmediatamente dijo a Dios: “Si está en tus planes, acepto gustoso la cárcel”. Se sentía así absolutamente libre y estaba dispuesto y preparado para cualquier cosa que Dios pudiera mandarle. Su hora llegó en septiembre del año 1941.

Fuerte y libre entre cadenas

En septiembre de 1941, la Gestapo cita al PJ Kentenich, parte solo a Coblenza. No acepta que nadie lo acompañe. Se va en un tranvía que corre por la orilla del Rhin y como está seguro que es la cárcel lo que le espera, aunque sólo lo han llamado a un comparendo, sin decirle que lo van a tomar preso, se ha puesto sus zapatos y su hábito más viejos, pero no comenta el asunto con nadie.

Lo han citado a las 8.00 a.m., pero lo hacen esperar toda la mañana y, al final, tal como él lo esperaba, le anuncian que queda detenido y lo encierran en un calabozo subterráneo, un Búnker. El edificio que ocupaban las oficinas de la Gestapo era un antiguo banco y los nazis han convertido sus bóvedas en calabozos. El P. Kentenich entra ahí, en ese calabozo subterráneo, y empieza a oír los gritos de los presos en las celdas contiguas. El ochenta o el noventa por ciento de los prisioneros se volvían locos, pues a los tres días de estar allí a oscuras sufrían grandes crisis nerviosas. El ambiente era espantoso. Todos gritaban, lloraban. Entre ellos había varios sacerdotes. Justamente, una de las cosas que más impresionó al Padre fundador en ese tiempo fue ver que los sacerdotes, quienes deberían ser otros Cristos para los demás, es decir, transmisores de su fuerza y de su confianza, se destruían psíquicamente con apenas tres días de encierro en una pieza oscura; el miedo podía aniquilar una personalidad sacerdotal en tres días.

El P. Kentenich, en su celda, se dedica a rezar en voz alta y a cantar fuertemente para transmitir energías y esperanzas a los demás. Quiere que ellos sientan: aquí por lo menos hay alguien que no tiene miedo. Al salir de allí, después de cuatro semanas, lo primero que comenta es: “¡Por fin tuve vacaciones!”. Esto lo contó el mismo capellán de la cárcel que lo escuchó. Todos quedaron asombrados: lo habían metido allí para quebrar su personalidad y sale agradeciendo por las vacaciones que le dieron después de tanto tiempo durante el cual había trabajado sin descanso. Comentando esta estadía en la cárcel dijo: “Durante muchos años he pasado el tiempo hablándole a los hombres de Dios. Es bueno tener ahora un tiempo largo en que pueda hablarle a Dios de los hombres y rezar en paz”. Los que lo vieron dicen que salió con una frescura de ánimo y de cuerpo realmente impresionante, como si de verdad hubiera estado de vacaciones.

Más tarde, una vez se le preguntó: “Padre, ¿cuál fue el momento más difícil de su estadía en la cárcel, en el calabozo subterráneo y después, en el campo de concentración? ¿Cuál fue la hora más difícil que pasó allá?”. El respondió: “No hubo ni un segundo difícil”. Y explicó el por qué de su excepcional resistencia señalando diversos motivos. En primer lugar, desde niño, él se ejercitó siempre en llevar una vida recia y varonil, en dominar su cuerpo. Dormir en el suelo, estar a oscuras y comer

poco, son cosas que no lo deshacen, que puede controlar perfectamente porque, en 1941, lleva ya 56 años ejercitándose en dominar su cuerpo. Todo eso no lo cogió de sorpresa ni física ni tampoco anímicamente, pues hacía ya muchos años que él vivía de la voluntad de Dios:

El Padre fundador sale de ese calabozo subterráneo el 18 de octubre (día de la Fundación del Mov). En la mañana tiene la sensación de que Dios le pregunta si está dispuesto a resistir hasta lo último. Inmediatamente responde: “Por supuesto, estoy dispuesto a resistir hasta lo último”. Sin embargo, ese mismo día fue sacado de allí, pero para ser trasladado a la cárcel oficial.

La cárcel de Coblenza funcionaba en un antiguo convento de Carmelitas. Al llegar allí, el P. Kentenich se muestra, en primer lugar, como un hombre plenamente libre, a pesar de sus cadenas. No acepta ser tratado como cosa. Se niega a que le quiten la sotana, pues quiere seguir mostrándose como sacerdote; también exige una celda para él solo. Nadie le ha explicado por qué está preso. Él piensa: “yo soy ciudadano alemán y tienen que tratarme con dignidad, no pueden tratarme como un animal. Soy sacerdote y exijo conservar mi ropa, tener una celda para mí solo y no acepto trabajar”. Le han ordenado pegar cartuchos de papel, pero él no acepta: “Yo no soy esclavo de nadie y nadie puede imponerme cosas sin darme explicaciones. Yo soy un hombre libre”. Así entra en la cárcel, después de haber dejado asombrados a todos por la forma en que salió del calabozo subterráneo.

Apóstol desde la prisión

El Padre permanecerá en la cárcel del Carmelo hasta marzo de 1942. Allí empieza a desplegar una actividad apostólica increíble. Después de un tiempo se da cuenta que puede tomar contacto con el exterior a través de los carceleros, a quienes conquista por su personalidad paternal. Entonces comprende que necesita papel y anuncia su deseo de empezar a trabajar pegando cartuchos. Lo hace con el único propósito de aprovechar el papel y envía así los primeros mensajes al exterior. Usa como correo a dos carceleros, pero sin que ninguno sepa del otro, de tal manera que cada uno sienta que es el único depositario de la confianza del P. Kentenich y para que así quede protegido el otro, en caso de ser descubierto uno de ellos. Por el mismo motivo, siempre los mandó separados. Cada uno se siente honrado en ser el enviado personal de un hombre como el P. Kentenich. Uno de ellos va al Hospital de las Hermanas en Coblenza, llevando los primeros mensajes. Cuando las Hermanas se dan cuenta de esta posibilidad de contacto, deciden tejer y mandarles un chaleco, en cuyos dobleces iban lápices chicos y que también podían servir para que él ocultara allí papelitos enrollados. Desde su celda el Padre fundador escribió un sinnúmero de oraciones, cartas y escritos diferentes.

En una ocasión dos Hermanas rondan en torno a la cárcel, se hacen amigas del sacristán de la iglesia contigua, y descubren que, desde una ventana de la torre, se ve la celda del Padre fundador. Establecen entonces contacto por señas con él. Más tarde él incluso se atreve a abrir la ventana y escucha así lo que le dicen sus visitantes desde la torre. Como el mismo lo comenta, su celda se convirtió en un púlpito desde el cual continuaba predicando retiros a la Familia como si aún estuviera totalmente libre.

Trabajo en Grupo:

- 1- **¿Qué les llamó más la atención del texto?**
- 2- **¿Cuánto tiempo resistirían en una pieza oscura de 3 m de largo por 1,7 de alto?**
- 3- **¿Cuál fue el secreto de los schoenstattianos para sobre vivir en esas circunstancias tan difíciles?**
- 4- **Sugerencia: pedir una hora al P. Alfonso Boess para que de un testimonio de cómo sobrevivió sin perder su fe durante los 5 años que estuvo en Liberia en un campo de Concentración.**

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del PJK”. P. H. Alessandri. Ed. Patris.